

Esta ironía era cruel, tratándose de un príncipe de quien se decía que no había castigado á ninguno de los asesinos de su padre, acusándosele por este motivo, aunque injustamente, de que era cómplice en un atentado horrible; pero así conocería el emperador Alejandro cuán imprudente era de su parte mezclarse en el asunto del duque de Enghien, cuando la muerte de Pablo I le esponía a que le replicaran en términos tan terribles.

Con respecto á Alemania, como hacia poco que Rusia había aprobado la conducta de Austria y la pretension con que ésta salió de llevar al consejo aulico las cuestiones constitucionales, declaró abiertamente, el primer consul, que Francia se separaba de la diplomacia rusa en lo concerniente á los asuntos germánicos; que no estaba conforme con que las cuestiones que quedaron suspensas, las resolviese dicho consejo aulico, el cual mas bien que tribunal del imperio, lo era simplemente del emperador, y que aquellas cuestiones, ni mas ni menos que todas las demás, debian ventilarse en la Dieta, como cuerpo supremo que era y único depositario de la soberanía alemana. Es decir, que disentian completamente acerca de todos los puntos, y las resoluciones que el primer consul estaba dispuesto á tomar, eran tan terminantes como el language que empleaba.

Por lo que hace á Austria, felicitábase allá para sí el primer consul, de la indiferencia con que aquella había mirado á la víctima de Ettenheim; pero conociendo que la corte de Viena se engañaba en creer le impedía la guerra marítima hacer otras cosas, quiso dejar completamente edificada

á Austria sobre este punto. Dos modos tenía de derrotar á Inglaterra, luchar con ella cuerpo á cuerpo en el estrecho de Calais, y destruir á sus aliados en el continente, y como en el fondo el segundo era mas fácil y seguro que el primero, siendo mas eficaz aunque menos directo, estaba decidido, si Austria le provocaba, á levantar sin pérdida de momento el campo que tenía en Boloña, y entrar en Alemania, porque no quería pasar el mar hasta que no hubiese desarmado á todos los aliados públicos ó secretos de la Gran Bretaña. En consecuencia, dijo á los dos Cobentzel, tanto al que era embajador en París, como al que dirigía los asuntos políticos en Viena, que hacia siglos que Baviera era aliada de Francia, y que de consiguiente no la dejaría espuesta á los malos tratamientos del Austria, que si la primera había hecho mal en invadir de un modo demasiado brusco los bienes de la nobleza inmediata, Austria había obligado con sus injustos secuestros á todos los príncipes alemanes á desquitarse por medio de violencias, de las que ellos sufrían; que Baviera había podido caer en falta, pero que no dejaría que la oprimieran impunemente, y que si Austria no mandaba retirar los batallones que había reunido en Bohemia y en Tirol, estaba resuelto á enviar á Munich un cuerpo de cuarenta mil hombres, para que guarneciese á aquella ciudad mientras no se retirasen las tropas imperiales.

Esta declaracion, tan terminante como positiva, alarmó de un modo indecible á los señores de Cobentzel; pero salieron de su apuro, quejándose nuevamente de la enemistad con que Francia miraba á Austria, y lamentándose del estado de pro-

fundada desesperacion á que iban á reducirla. MM. de Talleyrand y de Champagny, insistieron sin embargo, y se convino por ambas partes en que Baviera evacuaria las tierras de la nobleza inmediata, pero que las tropas austriacas permanecerian algun tiempo donde se hallaban, y en seguida acabarian por retrogradar, á fin de no comprometer la dignidad del emperador, con una retirada demasiado precipitada. Además, volvió á dar á entender el gabinete austriaco que si el francés secundaba sus deseos con respecto á la proporcion que queria establecer entre los votos católicos y protestantes que hubiese en la Dieta, podria contar con él en cualquier circunstancia, pero especialmente en la que iba á presentarse con motivo de la nota que Rusia habia pasado á la Dieta germánica.

Por el mismo correo que llevó á Paris los pliegos de San Petersburgo llegó á Ratisbona la referida nota, nota que puso á los príncipes alemanes en una situacion cruel, pues era una córte estrangera la que los invitaba á que se quejaran de la violacion del territorio germanico, y si así lo hacian, esponíanse á tener que sufrir el resentimiento de Francia. Materialmente no habia habido tiempo para enviar instrucciones á los ministros que se hallaban cerca de la Dieta; pero presumiendo estos cuales debian ser las disposiciones de sus respectivas córtes, mas dispuestos se mostraron á no hacer caso de la nota que á darle gran importancia, habiendo un ministro, Mr. de Goertz, el mismo que ya ha figurado en el arreglo de los asuntos de Alemania, que por su parte hubiera querido reducir á la nada aquel negocio. Empero como los ministros austriacos hubiesen

recibido instrucciones, gracias á los inmediatos que se hallaban á Viena, haciendo, como lo tenian de costumbre, un doble papel, dijeron á los agentes franceses que la nota era inoportuna, y á los rusos que trabajarian porque fuese acogida favorablemente, ocurriéndoseles un término medio para quedar bien con todos. La nota se tomó en consideracion; pero los ministros convinieron en que la trasladarian á sus córtes para deliberar despues sobre su contenido, y Mr. de Hugel dijo al ministro de Rusia:—Ya veis como hemos hecho que se admita vuestra nota.—En cuanto al ministro de Francia, le dijo:—Ya veis como aplazando la discusion para dentro de dos meses, la hemos amortiguado, pues para ese tiempo nadie pensara en el paso que ha dado el emperador Alejandro.

Tal debia ser efectivamente la suerte de aquel paso inconsiderado, mas para conseguir semejante resultado habia que vencer mas de un obstáculo, pues los gobiernos alemanes no querian, ni ofender á Francia á quien tenian miedo, ni agraviar á Rusia cuyo auxilio podrian necesitar en un caso eventual. Así es que los ministros se agitaban en Paris para ver de hallar una solucion, y el primer consul les dijo:—Haced lo que tengais por conveniente, en la inteligencia de que si dentro de dos meses se suscita la discusion, y llega oficialmente á oídos de Francia, contestaré en tono tan alto y con tanta dureza, que quedará humillada cruelmente la dignidad del cuerpo germánico. Y no tendreis otro remedio sino sufrir mi contestacion, ó tomar las armas, porque estoy resuelto, si es preciso, á empezar por el continente la guerra que estoy haciendo á la Gran Bretaña.

Prefiriendo como solia preferir Mr. de Talleyrand la paz, buscó medios de evitar un rompimiento, de suerte que como los ministros extranjeros temian al primer consul, y encontraban, por el contrario, en Mr. de Talleyrand suma cortesania, y una indulgencia que no se oponia á que fuese arrogante cuando era necesario, frecuentaban su trato. Entre los que mas se distinguian en sus salones por su inteligencia, se hallaba el duque de Dálberg, sobrino del principe archi-canciller, y que á la sazón era ministro en Paris, siendo él de quien se valió Mr. de Talleyrand para lograr lo que se proponia de la córte de Baden. Para ello recordó á dicha córte todo lo que debia á Francia, la cual aumentó sus estados cuando el arreglo de 1803; le habló tambien de lo que podia temer por parte de ella si volvía á estallar la guerra, y le instó á que declarase en Ratisbona habia recibido del gobierno francés esplicaciones satisfactorias, por lo cual deseaba no se diese curso á la nota rusa. Mientras que Mr. de Talleyrand exigia en secreto semejante declaracion, fundandose el gabinete de San Petersburgo en el parentesco que tenia la casa de Baden con la familia imperial de Rusia, procuraba modificar la espresada declaracion hasta el punto de hacerla insuficiente: pero como Francia se hallaba mas cerca, y era mas fuerte, debia conseguir la victoria. Por lo demás, antes que se abriesen los debates iban á transcurrir dos meses, y enviándose como se enviaban desde Paris á Carlsruhe y de Carlsruhe á Paris proyectos de redaccion, modificados sin cesar, no podia menos de hallarse bien pronto una solucion oportuna.

El primer consul no hacia caso de aquellas idas y venidas, y dejaba obrar á su ministro de negocios extranjeros, pues aunque habia ofendido á Rusia y obligado á Austria á que se mantuviese tranquila; aunque traia alarmada á Prusia, y trataba á la Dieta de Ratisbona como á un cuerpo que se caia de puro viejo á pesar de cuanto habia hecho para rejuvenecerse, y se hallaba dispuesto á no contestar ó hacerlo de un modo depresivo, todos estos asuntos que suscitó en lo exterior la catástrofe de Vincennes, apenas habian apartado su atencion de los asuntos interiores, avocados en aquel momento á una verdadera crisis.

A pesar de que al cabo de muy pocos dias disminuyó, como sucede con todas las impresiones, por muy vivas que sean, la que causó la muerte del duque de Enghien, quedaba sin embargo una causa permanente de agitacion en el proceso formado á Jorge, Moreau y Pichegrú, pues aunque necesario, era sensible que tuviesen que comparecer ante la justicia tantos personajes de tan diversa especie; queridos unos de la antigua aristocracia francesa, como Mr. de Riviere y de Polignac, y apreciados otros, como Moreau, de cuantos amaban la Francia. Era aquello tanto mas sensible cuanto que tenian que comparecer en medio de la curiosidad pública, vivamente escitada, y del desenfreno de los hombres mal intencionados, los cuales siempre están prontos á sacar de las circunstancias mas pequeñas las interpretaciones mas ingeniosas ó absurdas; pero era preciso recibiesen los culpables el castigo debido, y aquel proceso iba á turbar por uno ó dos meses mas la calma á que por lo regular se ha-

llaba entregado el gobierno del primer consul. Una desgracia que nadie pudo prever, aumentó el aspecto sombrío y fatídico de aquella situación. Pichegrú, desconfió en un principio de la generosidad del primer consul, y le costó trabajo creer en las ofertas que le hizo Mr. Real de que sería clemente con él; pero no tardó en tranquilizarse, y se entregó confiadamente á la idea de que conservaría la vida y recobraría su honra fundando un gran establecimiento en Cayenne. Las ofertas del primer consul eran sinceras, pues decidido á castigar únicamente á los realistas, se proponía perdonar á Moreau y Pichegrú; mas aunque Mr. Real era incapaz de abrigar ningún mal sentimiento, le persiguió la desgracia en aquel proceso. En primer lugar llegó demasiado tarde á Vincennes, y en segundo se presentó muy rara vez en el calabozo donde se hallaba Pichegrú, viendo que nada podía sacarse de un hombre tan reservado y firme como lo era aquel antiguo general de la república. Ocupado en otras cosas, no hizo caso Mr. Real de Pichegrú, quien como no volvió á oír hablar de las proposiciones del primer consul, así que supo el sangriento suplicio que presencié Vincennes, creyó no tenía que contar con la clemencia que le habían ofrecido. No era el morir lo que mas costaba al guerrero de quien vamos hablando, pues este debía ser casi por necesidad el desenlace que tuvieran las criminales intrigas en que tomó parte desde que en 1797 abandonó el camino recto; pero tenía que aparecer entre Moreau, á quien había comprometido, y Jorge, á quien entregó su honra, yendo á figurar á su lado en una conspiración realista.

Todas las delaciones, pues, que sufrió en la época del 18 de fructidor, y que rechazó con fingida indignación, iban á verse justificadas, de suerte que temiendo perder con la vida los tristes restos de su honor ya comprometido, el infeliz prefirió la muerte inmediata, pero la muerte sin la afrenta que debía resultarle de un debate público; sentimiento que prueba valia algo mas de lo que podía suponerse teniendo en cuenta su conducta anterior. Había pedido prestadas á Mr. Real las obras de Séneca, y una noche despues de haber estado leyendo por espacio de algunas horas, dejó el libro abierto por un pasaje en que se trata de la muerte voluntaria, y se ahorcó con una corbata de seda que le sirvió de cuerda, y una clavija de madera que convirtió en torniquete. A eso de la madrugada, como oyesen sus carceleros algún ruido en su cuarto entraron en él y le encontraron sin vida, con el rostro amoratado, como si estuviese atacado de una apoplejía: inmediatamente se llamó á unos médicos, y tanto ellos como los magistrados que entendieron en aquella ocurrencia, atestiguaron la causa de su muerte, demostrándola evidentemente á los ojos de todos los hombres de buena fé.

Pero como no hay prueba bastante clara para los partidos, los cuales siempre están resueltos á dar crédito á una calumnia, ó á esparcirla aunque no la crean, los realistas, que se complacian en imputar al gobierno toda clase de crímenes, y los ociosos que tienen gusto, aunque no sea por espíritu de perversidad, en ver en los sucesos mas complicaciones de las que hay en ellos, sostuvieron que Pichegrú había sido ahorcado por los si-

carios del primer consul. Aquella catástrofe, á que se dió el nombre de Temple, era al decir de unos y otros, el complemento de la catástrofe llamada de Vincennes; la una era continuacion de la otra, por manera que el carácter del moderno Neron iba desarrollándose rápidamente, pasando casi sin transicion del bien al mal, de la virtud al crimen, como sucedió con el príncipe romano. Y como los que se tomaban el trabajo de motivar sus embustes necesitaban una razon que poder hacer valer para esplicar semejante atrocidad, decian que desesperanzados de convencer á Pichegrú, le asesinaron á fin de que faltando él no pudieran justificarse los demás acusados.

Esto era una invencion tan absurda como odiosa, pues si habia algun acusado cuya presencia en los debates fuese necesaria para el primer consul, lo era Pichegrú, quien no podia pasar por un rival temible desde que por haberse afiliado en el partido realista se habia perdido en la opinion pública; además de que todos los procesados, de cualquier partido que fuesen, le condenaban en sus declaraciones. El hombre digno de ser temido, si es que habia alguno que lo fuese, era Moreau, porque su gloria estaba indemne y era difícil convencerle; y si habia algun encausado que fuese útil contra él, éste lo era Pichegrú, que habia servido de lazo entre republicanos y realistas; como que si hubiese asistido á los debates, no hubiera podido negar las relaciones que tenia con Jorge, ni las que le unian á Moreau, y no pudiendo tampoco explicarlas, servia inevitablemente para demostrar que Moreau habia formado liga con los realistas, es de-

cir, para afrentarle, de suerte que Pichegrú fué una pérdida inmensa para la acusacion; por último, si alguno debia cometer un crimen para librarse de una rivalidad temible, Moreau, y no Pichegrú debió haber puesto término de aquel modo al proceso. La suposicion, pues, era tan estúpida como atroz, y solo la dieron crédito los hombres lenguaraces que frecuentaban los salones realistas, debiendo por lo mismo venir pronto á tierra; pero entretanto la acusacion de que el primer consul habia mandado ahorcar á Pichegrú turbaba los ánimos, y los que llevaban y traian noticias falsas favorecian con repetirla la perfidia de sus inventores, yendo aquella nueva desgracia á despertar por algunos días las tristes impresiones que ya habia causado la conspiracion de los príncipes emigrados. Sin embargo, no podian ser duraderas semejantes impresiones, pues si los hombres ilustrados, amigos del primer consul, y que se interesaban por su gloria, debian conservar allá en el fondo de su corazon una pena inconsolable, las masas conocian que podian descansar sin temor al abrigo de una mano firme y justa, y nadie creia seriamente iban á empezar de nuevo las ejecuciones, destierros y despojos. Tambien es preciso confesar que los hombres cuya causa estaba unida á la de la revolucion, porque habian adquirido bienes nacionales, ó destinos públicos, ó una celebridad que les traia inquietos, se alegraron allá para sí de que entre el general Bonaparte y los Borbones hubiese un foso lleno de sangre régia.

Por lo demás la sensacion que causaron los sucesos políticos, estaba limitada entonces á un

número de personas cada vez mas reducido, porque la participacion extraordinaria que durante la revolucion tomó la nacion francesa en los asuntos públicos, dió lugar á una especie de falta de atencion que provenia á un mismo tiempo de cansancio y desconfianza. En los primeros tiempos del Consulado todos fijaban la vista en el gobierno con cierta ansiedad, pero así que vieron lo hábil y afortunado que era, entregáronse á la seguridad, al reposo, y cada cual volvió á ocuparse de sus negocios particulares, descuidados mientras duró aquella tempestuosa revolucion que trastornó no solo la propiedad, sino el comercio y la industria. De aquellas masas soliviantadas entonces, únicamente se cuidaban de los sucesos del dia las clases ociosas que tenian bastante vagar y luces para ocuparse de los negocios de estado, y los hombres interesados de todos los partidos, como emigrados, sacerdotes, compradores de bienes nacionales, militares y empleados civiles. Ahora bien, no todo aquél público participaba de unas mismas impresiones, de suerte que si unos decian que era abominable lo hecho con el duque de Enghien, para otros lo eran igualmente los complots que se renovaban sin cesar contra la persona del primer consul, manifestando en alta voz que ansiosos los realistas de apoderarse del poder, á pesar de que eran indignos é incapaces de ejercerlo, se esponian á destruir en Francia toda clase de gobierno; que si el primer consul moria, nadie podria empuñar con bastante firmeza las riendas del estado; que la nacion volveria á caer en la anarquía y en un mar de sangre; que el gobierno habia he-

cho bien en mostrarse severo á fin de acortar los vuelos á los hombres malvados é imprudentes; y que los realistas eran incorregibles, pues el primer consul los habia colmado de beneficios, y no sabian ser agradecidos ni resignarse, habiendo sido menester, para acabar de una vez con sus intrigas, hacerles temblar. Esto es lo que se repetia en las tertulias á que concurrían los gefes del ejército, los empleados civiles, los magistrados y los individuos del Senado, del Tribunado y el Cuerpo legislativo; y casi lo mismo decian así que empezó á debilitarse la impresion que causó la muerte del duque de Enghien, los hombres pacíficos y desinteresados, quienes pedian los dejasen al fin descansar al abrigo del brazo poderoso que entonces regia los destinos del pueblo francés.

De semejante conflicto brotó instantáneamente una idea que se propagó con la rapidez del rayo. Los realistas consideraban al primer consul como el único obstáculo que se oponia á la realizacion de sus proyectos, y trataron de asesinarle esperanzados de que pereciendo él pereceria tambien el gobierno. Para evitar esto y defraudar sus criminales esperanzas, concibióse la idea de hacer rey ó emperador al hombre á quien querian destruir, á fin de que gozando del derecho hereditario, tuviera sucesores naturales é inmediatos, con lo cual seria inútil ó á lo menos no intentarían tanto cometer el crimen de deshacerse de su persona. Esto dá á conocer la rapidez con que varió en unos cuantos años la opinion acerca del sistema de gobierno; como que de cinco directores que debian mandar durante cinco años, se pasó á la idea de nombrar tres cónsules cada diez años,

luego les ocurrió la de que hubiese tres cónsules también, debiendo serlo de hecho uno tan solo, para lo cual ejercería el poder por toda la vida. Una vez puesto el pié en semejante camino, no podían detenerse hasta que no hubieran dado el último paso, es decir, hasta que no hubiesen vuelto al poder hereditario, bastando para conseguirlo cualquier sacudimiento, sacudimiento que promovieron los realistas con querer asesinar al primer consul. Así es como dieron un espectáculo muy común, pues la mayor parte de las veces los enemigos de un gobierno son los que con sus imprudentes ataques hacen que progrese con mas rapidez. Al instante y casi espontáneamente convirtieron en preconizadores de las ideas de monarquía y derecho hereditario el Cuerpo legislativo y el Tribunado, oyéndose decir lo mismo no solo en París sino en las cabezas de distritos donde estaban reunidos los colegios electorales, y en los campamentos esparcidos por las costas. Semejante impulso en la opinion era natural, yendo á aumentarlo las manifestaciones de varias juntas que querian congraciarse con el poder; los prefectos que procuraban dar á conocer su celo, y los generales que deseaban fijase en ellos sus miradas el hombre omnipotente que gobernaba á Francia, conociendo todos harto bien que proponer el restablecimiento de la monarquía era adivinar el pensamiento oculto del primer consul, y que de seguro no se ofenderia, si por casualidad se anticipaban al momento que él habia fijado para satisfacer su ambicion.

Sin que nadie lo dictase, uno mismo fué el lenguaje que se empleó en todas partes, oyéndose

decir á todo el mundo que era preciso poner término á las dudas y á los escrúpulos, yendo á parar á la única institucion que podia ser estable, es decir, á la monarquía hereditaria, pues mientras los realistas tuviesen esperanza de destruir de un solo golpe al gobierno y la revolucion, renovarían sus infamias, y tal vez acabarían por lograr su intento; que no las repetirían, ó no tendrían tanto interés en ello cuando viesen al lado del primer consul, hijos ó hermanos prontos á sucederle, y que el nuevo gobierno tenia, ni mas ni menos que el antiguo, la propiedad de sobrevivirse á sí mismo; que colocar una corona en aquellas sienas preciosas y sagradas en que descansaban los destinos de Francia, era colocar un broquel que las protegiese de los golpes de los asesinos; que protegiéndolas se protegeria también todos los intereses creados por la revolucion, y se libraba de una reaccion sanguinaria á los hombres comprometidos por sus extravíos; y por último, que de este modo conservarían los compradores de bienes nacionales sus propiedades, los militares sus grados, todos los que dependían del gobierno, sus puestos, y Francia el régimen de igualdad, justicia y grandeza que habia conquistado. Además, todo el mundo añadia volvian á reinar las ideas razonables, y que costaba trabajo comprender como habian podido, llevados de los principios proclamados por teóricos cuyo juicio no estaba muy sano, convertir á Francia en una república como las de Esparta y Atenas; todo el mundo conocia que con destruir la monarquía por la república, se habia ido mas allá de lo que en un principio se propuso la revolucion de 1789, la cual no queria

otra cosa que la reforma de los abusos existentes; la abolición del régimen feudal, y no la destrucción de la autoridad real, sino su modificación; que si cuando en 1802 se decretó la institución del consulado vitalicio, se contuvieron los legisladores franceses por un rubor fingido; ya que habia pasado semejante rubor, ya que los crímenes cometidos por los realistas habian acabado de abrir los ojos á todos, era preciso tomar un partido y constituir el gobierno de un modo completo y definitivo; y en fin, que haciéndolo así, no se hacia otra cosa que establecer de derecho, lo que ya lo estaba de hecho, puesto que el general Bonaparte era rey en la realidad, pero rey absoluto, mientras que concediéndole el trono bajo su verdadera forma, podia ponerse límites á la autoridad real, dando á un mismo tiempo duracion al gobierno y garantías á la libertad.

Este era el lenguaje que todos usaban algunos dias despues de las escenas dolorosas que hemos referido mas arriba. Qué espectáculo no presenta á los ojos de los hombres ilustrados, una nacion que despues de haber ensayado la república, pero una república sangrienta, en tiempo de la Convencion, y la moderada pero inerte, cuando el Directorio, disgustada de pronto de aquel gobierno colectivo y civil, pedía á voz en grito, que la gobernase la mano de un militar; se mostraba tan impaciente por tener uno que iba á dar el poder al desgraciado Joubert en ausencia del general Bonaparte, salía al encuentro de éste así que regresó de Egipto, le suplicaba aceptase un mando de que él deseaba apoderarse con mas que sobrada impaciencia, le nombraba consul por

diez años, luego consul perpetuo, y al fin monarca hereditario, con tal que aquel guerrero le libertase con su robusto brazo de la anarquía, cuyo horrible espectro siempre tenia delante. ¡Y qué lección no fué aquella para los sectarios que en el delirio, hijo de su orgullo, creyeron podrian convertir á Francia en una república, porque el tiempo la habia hecho democrata! ¿Y qué se necesitó para semejante cambio en las ideas? Cuatro años únicamente, y una conspiracion que abortó contra el hombre extraordinario á quien unos estimaban, otros aborrecian, y todos le miraban con ojos apasionados. ¡Y es tanto mas de admirar la profundidad que encierra esta lección, cuanto que si el hombre de quien nos ocupamos acababa de ser blanco de una tentativa criminal, tambien acababa de cometer un acto sanguinario, y en aquel mismo momento no temieron alzarle sobre el paves por lo necesario que era! Es decir, que lo recibian no menos glorioso, pero no tan puro como antes; le recibian con el genio de que se hallaba dotado, pero le hubieran recibido aun sin tener ese genio, le hubieran recibido fuese lo que fuese, con tal que fuera poderoso: tal era el deseo que habia de quemandase la fuerza al dia siguiente, digámoslo así, de haberse entregado á desórdenes de tanta gravedad como presencié aterrado el pais! Bien es verdad que en rededor nuestro, y en nuestros mismos dias, hemos visto á ciertas naciones echarse en brazos de soldados de muy poco mérito, porque cuando no otra cosa, eran fuertes en la apariencia.

En Roma, que ya era república desde antiguo, fué menester, para que los romanos se acostum-



brasen á la idea de un poder monárquico y hereditario, que se sintiera por espacio de mucho tiempo la necesidad de que hubiese un gefe único y el inconveniente que resultaba de que el poder fuera electivo, habiendo sido preciso tambien para ello que pasáran muchas generaciones, como César en un principio, luego Augusto despues de César, y aun Tiberio despues de Augusto, pero en Francia no se necesitaban tantas precauciones, porque hacia doce siglos que estaba acostumbrada á tener monarquía, y la república solo habia durado diez años, bastando una casualidad cualquiera para que los hombres dotados de un espíritu generoso, pero extraviados, volvieran de su sueño, entregándose á los recuerdos que abrigaba la nacion entera.

En todo pais desgarrado por facciones, y amenazado por enemigos exteriores, la necesidad de tener un gobierno que le defienda, dará el triunfo á un personage poderoso que sea guerrero como César en Roma, y rico como los Médicis en Florencia. Como ese pais haya estado constituido por mucho tiempo en república, serán menester muchas generaciones para acostumbrarle á la monarquía, pero como haya tenido siempre un gobierno monárquico, habiéndole sacado las facciones por un instante de su estado natural, para convertirlo en una república efimera, bastarán algunos años de turbacion y desórdenes, para que mire con horror la anarquía, mucho menos aun para que encuentre un soldado capáz de acabar con ella, y la voluntad de ese soldado, ó una puñalada de sus enemigos para que sea rey ó emperador, haciendo entrar de nuevo al pais en sus primitivas costum-

bres, y disipando los sueños de los que creen que la naturaleza humana se varía con vanos decretos, y con juramentos mucho mas vanos aun. Así es como se concibe que Roma y Florencia, que habian sido repúblicas por espacio de mucho tiempo, se entregaron, una en brazos de los Césares, y otra de los Médicis, al cabo de mas de medio siglo, mientras que Inglaterra y Francia, cuyas repúblicas solo llevaban de duracion diez años, fueron á parar al cabo de tres ó cuatro á Cromwell y Napoleon.

De este modo, dando la revolucion una vuelta tan rápida, debia ir confesando uno tras otro sus errores, y desmentirse á sí misma con tanta publicidad. Distingamos sin embargo: mientras quiso fuese abolido el régimen feudal, que los franceses fueran iguales ante la ley, que la justicia, los destinos y los impuestos alcanzasen á todos, y que la nacion interviniese por medios regulares en la gobernacion del estado, como no se engañaba, ni tenia que darse ningun mentis, ni se lo dió; pero cuando quiso, por el contrario, que reinase una igualdad tan bárbara como quimérica, desapareciese toda gerarquía social, interviniese en los asuntos de gobierno la multitud de un modo tumultuoso, hubiera república en una nacion que llevaba doce siglos de monarquía, y quedáran abolidos todos los cultos, fué criminal é insensata y estaba condenada á confesar sus extravíos á la faz del universo entero. ¿Mas qué importan unos cuantos errores pasajeros, habiendo de por medio verdades eternas que ha legado al género humano á costa de su sangre, y cuando esos mismos errores contienen lecciones útiles é importantes, da-

das al mundo con una grandeza que no admite comparacion? No obstante, si es verdad que volviendo á pensar en la monarquía, acataba Francia las leyes inmutables de la sociedad humana, tambien lo es que caminaba muy de prisa, harto de prisa quizá, como sucede en todas las revoluciones, pues así como bastó á Cromwell una dictadura con el titulo de Protector, la dictadura bajo la forma de consulado perpétuo, con un poder tan grande como su genio y vitalicio, debió haber bastado al general Bonaparte para realizar el bien que meditaba, reconstruir aquella antigua y destruida sociedad, y trasmitirla despues que la hubiese organizado, ó á sus herederos, caso de que los tuviese, ó á los que, mas felices que él, estuviesen destinados á aprovecharse algun dia de lo que llevó á cabo. Efectivamente, estaba escrito en el libro de la Providencia, que al proseguir la revolucion la vuelta que debia dar, iria mas allá del restablecimiento de la forma monárquica, puesto que hasta se restableció la antigua dinastía; y segun nuestro modo de ver las cosas, la dictadura bajo la forma de consulado perpétuo era suficiente para que el general Bonaparte desempeñase su noble tarea, al paso que con hacerle monarca hereditario iba á ensayarse una cosa que no era, ni lo mejor para su grandeza moral, ni lo mas seguro para labrar la de Francia. Y no porque los que querian hacer de un soldado un rey ó un emperador no tuviesen derecho para ello, pues la nación podia dar á quien se le antojase, y á un soldado sublime mas que á otro alguno, el cetro de Carlomagno y Luis XIV, sino porque ese soldado, solo con la cualidad de primer magistrado de la repú-

blica francesa, no tenia igual en la tierra, incluso los tronos colocados á mayor altura, y convirtiéndose en monarca hereditario iba á establecerse una comparacion entre él y los reyes, fuesen altos ó bajos, pasando por inferior á ellos bajo el punto de vista de la sangre: aunque solo fuera á los ojos de los hombres llenos de preocupaciones, debia ser menos que aquellos en cierto modo, y aunque le admitieran á su trato, aunque le adularan porque le temian, mirarianle en secreto con desden los mas ruines. Empero hay una cosa de mayor gravedad que se oponia á que saliese de la esfera á que habia llegado: una vez hecho rey ó emperador, ¿qué no intentaria para ser mas que los reyes, para convertirse en gefe de una dinastía de monarcas cuyo origen fuese su trono recientemente alzado! ¡cuántas empresas gigantes no acometeria, empresas en que quizá sucumbiria Francia! ¿Qué estímulo no seria aquel para una ambicion sobrada escitada ya, y que solo podia perecer por sus propios excesos!

De consiguiente, si, á nuestro parecer, la introduccion del consulado perpétuo fué una cosa tan prudente como politica, el complemento indispensable de una dictadura que se habia hecho necesaria, y el restablecimiento de la monarquía en favor de Napoleon Bonaparte, era, no una usurpacion (palabra que tomamos del lenguaje que empleaban los emigrados) sino un acto de vanidad en el que se prestaba á ello con sobrado ardor, y de imprudente codicia en los hombres recientemente convertidos que tenian ansia por *decorar* aquel reinado de un *momento*. Sin embargo, si únicamente se trató de dar una leccion á